

TRAZOS

"Marte y Belona"

Por **CESAR GARCIA PONS**

PADECEMOS de incurable afición a las piedras históricas. Sin negarnos a los avances naturales del progreso, ni por pienso aceptar estatismo alguno, lo cierto es, sin embargo, que cada piedra removida en nuestra amada ciudad nos despabila el recuerdo apresado en las viejas crónicas y aun el muy personal de nuestras primeras impresiones habaneras. El otro día, al transitar en automóvil por la calle de Monte, la demolición del antiguo caserón que albergara durante tantos años el café "Marte y Belona" y que al momento se operaba, nos llevó de golpe, a muchos años atrás, a los días en que los helados espumosos y las capas de merengue eran la máxima atracción para nuestros ojos de niños en aquella sala siempre concurrida inicio o término de viajes al campo. Y es que a esas imágenes de días lejanos hemos asociado toda la vida la de ese establecimiento público.

Tomó su nombre "Marte y Belona" del Campo de Marte, que la autoridad desde 1735 había mandado preparar para ejercicios de su gente de armas. Expropiando, y justipreciando y pagando religiosamente, porque entre las autoridades coloniales—justo es decirlo—no se alentaban, en tiempos normales, las pragmáticas al uso hoy día, y por las que, en lugar de la compensación equitativa, se tutela el despojo en nombre del interés público—dígalo, si no, la llamada Ley de Alquileres—; expropiando feudos y edificios, decíamos, se creó, en una vasta extensión extramuros, ese campo de operaciones militares. De él partía, hacia el interior, la llamada Calzada del Monte, y en la esquina que andando el tiempo resultó urbanísticamente del nacimiento de esa calzada, se levantó el café que el nombre dicho llevaba. Debióse a necesidades de la población rural, pues en la misma hacían parada y en ella, a su vez, comenzaban sus viajes las diligencias francesas que, tiradas por troncos de caballos y un guía, transportaban pasajeros a pueblos de la provincia y los traían de éstos a la capital. Las recuerdo perfectamente: estaban pintadas de verde y amarillo, subíase a las mismas por un estribo de dos escalones, ofrecían en su interior no más de una doble hilera de asientos que de frente se miraban, y en su parte delantera un pescante, con espacio para el cochero, un pasajero o dos y algunos bultos. Hacían parada—las de Santa María del Rosario, que son las que

describo—en San Francisco de Paula, pueblecillo diminuto del camino y famoso por sus panecitos, cuando iban hacia el viejo fundo de los Condes de Casa Bayona, y también, si mal no recuerdo, cuando retornaban. De estos viajes—que en Pascua y por algunos veranos hice muchas veces—la impresión más viva fué siempre divisar entre los árboles, a lo lejos, y descollando de los techos rojizos de las casas del pueblo, la torre de la iglesia, y oír, apagada por la distancia, la voz de sus bronces invitando a los rezos del Angelus.

"Marte y Belona" era el lugar de partida. Y nadie, claro es, se marchaba sin hacer gasto en el café y sin llevarse la caja de dulces, de blancos merengues, que constituía el compromiso inevitable del viajero con su familia. Servía, a un tiempo, "Marte y Belona", para citas y encuentros, para dejar cartas, recados o encargos. En definitiva sus funciones se multiplicaban, el trasiego lo hacía indispensable, y su público resultaba el más asiduo y constante que se pudiera ambicionar. Todos los muchachos del campo que a La Habana venían era lo primero con que tropezaban y lo último que saludaban al marcharse. Les fué, por lo mismo, a todos, familiar y, a la postre, querido, porque los lugares y las cosas se aman en razón de contactos y de recuerdos. Además, para la golosa apetencia infantil significaba el regalo del paladar que todos exigían a sus mayores. ¡Ah! llegar al café y saberse uno dueño de los dulces preferidos era, sin duda, uno y lo mismo.

Vi con pena la demolición del viejo edificio. Allí esperé muchas veces y sobre el mármol de sus mesas—y con la consabida protesta de mis padres o mis tíos—garrapateé no se sabe cuántos muñecos y letras enormes. Muy adentrado en mis impresiones de niño, jamás lo olvidé, y, cuando ya adulto, pasé frente a él, si alguna vez penetraba de nuevo en su sala, fué, seguramente, más que por necesidad de utilizar su barra o sus mesas, por el íntimo placer con que en su seno renovaba las memorias tiernas de aquellos días, en cuya evocación hubo de mezclarse siempre el agrisulce de emociones dormidas con imágenes ya sin brillo, borrosas cuando menos, esfumadas en esa especie de niebla que va envolviendo cada vez más las cosas que pasaron y que, sin embargo, se resisten a abandonar del todo nuestro mundo interior. Sí, ¿por qué no decirlo?, vi con pena la demolición del viejo caserón.

SM, Oct 24/54
domingo
 pág 4 - D
 col. 3